Deseada

H. Hex



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#Deseada

Colección: Tombooktu Erótica
www.erotica.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Titulo: *Deseada*
Autor: © H. Hex

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Paula García Arizcun
Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-39-0
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-549-7
ISBN Digital: 978-84-9967-550-3
Fecha de publicación: Noviembre 2013

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-22684-2013

Para ti, que me lees.

Índice

Libro 1. La sumisión de una ladrona 13
I 15
II 17
III 21
IV 25
V 37
Libro 2. La venganza del ama 39
I 41
II 47
III 55
IV 65
Libro 3. Adicto a ti 71
I 73
II 77
III 85
IV 91

Libro 4. La subasta 103
I 105
II 113
III 117
IV 137
Libro 5. La subasta II 145
I 147
II 153
III 165
IV 179
V 181
Cuatro años atrás... 199
I 201
II 205
III 217

Libro 1

La sumisión de una ladrona

I

La mujer entró a la casa por la ventana. Felina, elegante, envuelta en su traje ajustado de licra negra. El unifamiliar pertenecía a un ricachón tan viejo que tenía un pie en la tumba, a uno que en esos momentos estaba en un balneario a donde había ido a pasar el fin de semana. Y ella lo sabía, pues llevaba días vigilando la casa. Ahora, por fin, estaba desierta y podría robar todo lo que deseara. Lo que desconocía era que quedaba alguien dentro, un hombre que se había acercado en silencio al escuchar el ruido que la ladrona hacía al registrar un mueble. El hijo del dueño estaba allí, oculto tras el umbral entreabierto de la puerta del salón, observando cómo la bella joven intentaba abrir la caja fuerte que había tras los cajones falsos de un escritorio.

Ella estaba inclinada, tecleando un código. Sus piernas, enfundadas en negro y ligeramente dobladas, se apoyaban sobre unas botas de tacón, unas que realzaban las formas de su trasero. Su espalda, digna de una diosa griega, se tensaba casi horizontal al suelo. Y, sobre todo, su culo, *ese culo,* parecía estar ofrecido a él en todo su prieto, delicioso y bien formado esplendor; tentándole con esas mallas que se le clavaban marcándole la raja e insinuando las carnes íntimas de su coño.

El hombre contuvo el aliento, esforzándose por no expulsarlo de golpe a causa de lo que estaba viendo. Había oído hablar mucho de la pantera negra, la *sexy* ladrona que

se dedicaba a entrar en casas ajenas. Ahora estaba en la suya y se creía impune para robar el dinero de su padre. Sonrió. ¡Qué ingenua era! Ella y todo su delicioso cuerpo estaban a su merced para que la castigara como se merecía. ¡Qué poco se imaginaba la mujer que él llevaba varias noches fantaseando con someterla!

Porque ni por asomo pensaba llamar a la policía, tenía modos mucho más... satisfactorios para hacer que ella se fuera con las manos vacías y consciente del precio que tenía entrar en esa casa. *Su casa*. O al menos lo era en todo menos en las escrituras.

Silencioso como un depredador devoró la distancia que lo separaba de ese culo tan incitante, se paró a pocos centímetros de él y agarró las dos muñecas de la joven. Se las retorció, hacia afuera, a la vez que forzaba a sus brazos a colocarse en su espalda y continuaba tirando de ellos hacia arriba. Entonces, pegó su polla a ese delicioso trasero y le susurró al oído.

—Eres mía.

II

Abbie tenía la clave. Había sobornado a uno de los empleados domésticos del viejo para que se la diera. Y ahora estaba tecleándola en la caja fuerte, a punto de llevarse el premio gordo, cuando de repente unas manos fuertes agarraron sus muñecas y retorcieron sus brazos hacia detrás, haciéndole daño. De inmediato, de manera instintiva, ella intentó girarse y defenderse, pero su atacante no se lo permitió. Gruñó de dolor y lanzó una patada hacia detrás con la bota derecha. Nada. Chocó contra una pierna firme que no pareció inmutarse ante su golpe. En vez de conseguir liberarse, más bien logró el efecto contrario pues sintió cómo él se apretaba contra su trasero y escuchó cómo le susurraba al oído que ella era suya.

—¡Y una mierda! –le contestó.

Se retorció con saña bajo ese cuerpo que se pegaba al suyo, no consiguiendo más que frotarse contra ese miembro que cada vez se le clavaba más contra el culo. A través de sus mallas y de lo que, al tacto, parecían los botones de un vaquero, lo notó cada vez más duro; tanto que una ligera excitación comenzó a cosquillear en sus entrañas, una mezclada con irritación por esos malditos botones que estaban lastimando su trasero. Aunque no le dolían ni la mitad de lo que lo estaban haciendo sus muñecas inmovilizadas y retorcidas.

—¡Hijo de puta!, ¡¡suéltame!! –le exigió.

—Me parece, señorita, que todavía no te has dado cuenta de quién manda aquí –susurró ronca en su oreja esa voz de hombre que parecía estar riéndose de ella.

Y, justo después, le mordió en el lóbulo arrancándole una gota de sangre. Abbie juró y sacudió su cuerpo con brusquedad. Sin desearlo, se pegó más a él y volvió a ser jodidamente consciente de esa abrumadora masculinidad que se apretaba contra la raja de su culo. Comenzó a sentir calor entre sus piernas y se tensó, molesta porque esa situación estaba comenzando a excitarla. No lo entendía. A ella ni le gustaba el dolor ni le ponía que la forzaran. No podía ser verdad que estuviera humedeciéndose por estar inmovilizada, con la enorme erección de ese tío haciéndose más grande cada vez que ella se retorcía en un intento de soltarse y mucho menos si él acababa de hacerle sangre. Pero esa voz había sido tan puñeteramente erótica mientras le susurraba y, ahora, le lamía la herida de su lóbulo... y después continuaba su caricia introduciéndose dentro de su oído.

Jadeó. Jadeó y después soltó un reniego.

—Suéltame o te denunciaré.

—Sé quién eres y sé cuántas casas has robado. Pedro me lo ha dicho.

«¡Mierda! –pensó Abbie–, ¿el cabronazo del criado me ha engañado y me ha vendido?».

—¿Qué?

—Lo que oyes, guapa. Voy a hacer contigo lo que quiera. Voy a atarte, a ponerte cachonda hasta que me supliques que te folle. Y tú no harás nada porque si no diré todos los sitios en los que has robado y te caerán muchos años. Además, ya te he dicho que no pienso violarte. –Agarró ambas muñecas con una mano, grande, fuerte, y dirigió la otra hacia los pechos de la mujer, acariciándolos a través de la tela de su camiseta y de su sostén–. Vas a llamarme «amo» a y suplicarme que te deje correrte.

—¡¡¡Y una mierda!!!

Abbie se retorció con más fuerza, aprovechando que él ya sólo la sujetaba con una mano. En vano. Tan solo consiguió que esos dedos se desplazaran hacia uno de sus pezones y le

dieran un fuerte pellizco. Uno que, maldito fuera su cuerpo, provocó que la humedad de su vagina comenzara a mojar su tanga.

—¿Seguro? –Se burló irónico.

Él introdujo a la fuerza una de sus piernas entre las suyas apretadas, la desequilibró y la desplazó un par de pasos hacia la derecha, hacia la mesa que allí había. Su cuerpo y sus vaqueros pegados a ella en todo momento.

Abbie se encontró de repente con sus pechos y su vientre contra la mesa. La mano masculina había abandonado su pezón para apartar de un brusco barrido las cerámicas que decoraban el mueble, las cuales cayeron al suelo y se fragmentaron en pedazos. Ella tuvo el tiempo justo de girar el rostro, logrando así no hacerse daño contra la dura superficie de madera, y él sacó algo de su bolsillo, algo frío, algo que dirigió hacia sus muñecas unidas y las aprisionó en medio de dos ruidos de cierre metálico.

¡¡Unas esposas!! El muy hijo de puta acaba de ponerle unas esposas. Y por lo visto no eran lo único que escondía.

—¡Suéltame!

—Error.

Su voz volvió a susurrar contra su oreja, si bien esta vez se notaba claramente la satisfacción que le producía la rebeldía de la ladrona. Porque él estaba deseando someterla, hacerla suya, poseer cada fragmento de su cuerpo y de su voluntad. Le había tendido una trampa y la joven había caído en ella. Apoyó una de sus manos en su espalda, para obligarla a mantenerse contra la mesa, donde la quería. Alargó la otra hacia uno de los cajones del mueble de la caja fuerte, uno que de verdad lo era, y lo abrió. Allí había guardado unos cuantos juguetes. Sacó uno de ellos, un látigo de cortas y suaves puntas de cuero, y se apartó de ese delicioso trasero para darle un azote.

—¡Cabrón!

Otro más.

La mujer se mordió el labio y se obligó a permanecer callada. Los dos latigazos le habían dolido. Dudaba que le hubieran hecho marca, pero seguro que le habían puesto el culo colorado.

—Llámame «amo».

—¡Y una mierd...!

Esta vez fueron tres azotes, en el mismo sitio que los anteriores, lastimando su carne a través de la ropa, mientras su mano presionaba con más fuerza su espalda contra la mesa, clavándosele los pechos en la dura madera. A continuación, él se apretó otra vez contra ella, su erección pegada a la zona dolorida de su trasero.

—Sí, mi amo –le exigió él en un susurro ronco contra su oreja, claramente excitado.

—Sí, mi amo –se obligó a decirle ella, a la vez que mataba el impulso de empujar con sus caderas hacia él, para sentir mejor su polla contra su piel, excitada por su cercanía, por la manera en la que le ordenaba, por cómo la había capturado y la tenía a su merced.

—Eso está mejor, sierva.

Sin soltar el látigo, la agarró por la larga trenza oscura que recogía sus cabellos y tiró de ella, obligándola a echar su cabeza hacia atrás.

—Y ahora, vamos a empezar.

La agarró y le dio la vuelta, quedando su espalda y sus manos encadenadas sobre la superficie de la mesa.

III

Abbie pudo ver por primera vez a su captor y soltó un jadeo ahogado. Se trataba de un hombre alto, fuerte, vestido con unos vaqueros y una camiseta azul que dejaba al descubierto los músculos de sus brazos e insinuaba los de sus hombros y pecho. Aun pasando por alto su estómago plano y lo bien que le quedaba la ropa, era un hombre dotado de un fuerte atractivo, uno capaz de robar y mantener la atención y el deseo de cualquier mujer. Desde luego los suyos los tenía. Estaba fascinada con esos rasgos angulosos, esa boca generosa y esa determinación en sus ojos oscuros a hacer con ella todo lo que deseara; como si con una sola mirada pudiera prender en llamas tanto su ropa como su cuerpo. Volvió a jadear y la parte todavía razonable de su cerebro le indicó que, sujeta tan solo por una palma masculina contra su vientre, era el momento de intentar escapar. Así que aprovechó el momento para lanzarle una patada a las pelotas. Sin embargo él, que estaba esperando algo así, paró su pierna con su otra mano, la del látigo.

—Cuanto más te resistas, más te castigaré. Cualquiera diría que te gusta… –la acicateó con su tono burlón y seductor.

—¡Cabrón! –forcejeó.

—Sigue así, nena. Me las voy a cobrar todas.

El hombre enrolló el látigo en dos movimientos de muñeca y lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros. A continuación, unió las piernas de Abbie y las ató con una gruesa soga que sacó del cajón. Después, se subió sobre la mesa para enganchar dos mosquetones a sendas argollas que estaban clavadas en el techo, a un metro de separación y disimuladas con la lámpara de tal manera que Abbie no las había visto. De cada uno de los mosquetones colgaba una tira de cuero larga y negra que acababa en una correa con hebillas del tamaño adecuado para sujetar una pierna. La ladrona, por supuesto, no se quedó tumbada y sumisa a esperar a que él acabase. Ni siquiera le importaba (bueno, sólo un poco) qué cojones estaría haciendo. Se incorporó, aterrizó en el suelo sobre sus plantas de los pies unidas por la cuerda de sus tobillos y se alejó como pudo. Él sonrió al escucharla, sabía que no iría muy lejos. Y cómo le estaba poniendo la rebeldía de su esclava, el placer que iba a darle mientras la dominaba… Comenzó a sentir esa tensión por todo su cuerpo que le indicaba que estaba más que dispuesto a follarse a la mujer. Pero primero ella tendría que suplicárselo.

Dejó que las correas cayeran sobre la mesa y en un par de zancadas se abalanzó sobre la mujer que huía.

—No tan rápido, Abbie…

La agarró, se la echó sobre un hombro, ignoró sus patadas y volvió a tirarla sobre la mesa, esta vez boca arriba.

—¡Capullo!

—¿Te ha dolido?

Ella decidió callarse.

Él enarcó una ceja y la miró por unos instantes. Después se encogió de hombros, agarró una de las correas de cuero, rodeó con ella el muslo derecho de Abbie un poco más arriba de la rodilla y tiró hasta ajustar la hebilla. Repitió el proceso con la otra pierna y, después, desató sus tobillos. A continuación, tiró del tensor de la correa para subir el muslo de la mujer a la altura deseada, elevando su cadera y su trasero por encima de la mesa. Ignorando los intentos de Abbie por soltarse, tensó también la correa de su otra pierna. Ahora, la mujer tenía su larga trenza y

su cabeza sobre la mesa, así como la parte superior de la espalda. El resto se elevaban en un ángulo de unos cuarenta grados hacia el techo y la tela tirante de sus mallas, esa que parecía estar a punto de romperse entre sus piernas abiertas, sobresalía por fuera de la mesa y quedaba justo a la altura de su miembro.

Y ella estaba tan cabreada por estar atada e indefensa...

Con una sonrisa perversa, el hombre volvió a agarrar el látigo y le dio unos azotes sobre los pechos, suaves, lo justo para que, más que ser una molestia, volvieran a despertar la libido de la mujer, esa que se había ocultado con el intento de fuga.